

DE BUENAS LETRAS

A mí nadie me toca una coma

JOSÉ ABAD De la Academia de Buenas Letras de Granada

Hace unos años cometi la torpeza de participar en un debate en el foro menos propicio que quepa imaginar: 'Facebook'. Un conocido mío, escritor para más señas, decidió poner punto final a unas reflexiones sobre el ejercicio de la escritura con un sonoro golpe en la mesa: «A mí nadie me toca una coma», dijo más o menos con estas palabras. Estas exhibiciones de testosterona suelen ponerme nervioso y, temiendo que la cosa fuera a peor, decidí recurrir a la ironía y sugerir algo así como que a mí no me importa si me tocan una coma siempre y cuando conlleve una mejora del texto. Este conocido mío no respondió; lo hizo el resto de participantes. Les bastó unos pocos minutos para lincharme: «¿Qué yo permitía que me tocaran una coma? Debería caérseme la cara de vergüen-

za», decían con palabras bastante más gruesas. Nadie percibió la ironía. El debate degeneró y la discusión en torno a la integridad del texto dejó paso a la prepotencia. La idea implícita era: «A mí nadie me toca una coma porque absolutamente nadie sabe mejor que yo dónde ha de colocarse dicha coma».

De la experiencia aprendí un par de lecciones; la principal, que en las redes sociales no hay diálogo posible. La trifulca también ayudó a consolidar una idea antigua, que intentaré exponer en pocas líneas: en el ámbito de la escritura, creo, hay dos actitudes contrapuestas, que orbitan entre un divismo más común de cuanto se imaginan y un artesanado infinitamente más sensato. Por un lado estaría el autor que se coloca por encima de su obra: «Yo soy yo»; por otro, el autor que antepone la obra a sí mismo:

«Este es mi trabajo». Personalmente, esta última postura es la que me interesa. ¿Recuerdan ese viejo axioma según el cual cuando el libro llega al lector pasa a pertenecerle? Pues bien, para que esta transacción se realice correctamente, el autor debería interponerse lo mínimo indispensable entre ambos. Hay que recordar asimismo que un libro se hace realidad gracias a un trabajo conjunto y, con todas las excepciones que se quieran, creo que quienes intervienen en esta labor intentan poner lo mejor de sí en beneficio del resultado final. No me duelen prendas al reconocer que a menudo he recibido sugerencias de editores que mejoraban un texto mío. Con buenos argumentos, a mí pueden tocarme una coma, un punto, un punto y coma... y, ya puestos, hasta un adjetivo. ¡Ea!